El dilema de la integración iberoamericana

Hace menos de una década se cumplía uno de los acontecimientos raigales del mundo hispánico: el milenario de Castilla. También el de la lengua castellana, que tuvo su punto de partida en un hecho aparentemente más insignificante y anónimo que el de Colón: un texto muy breve de 43 palabras del año 977, el primero que se conoce en castellano, parte de las glosas emilianenses, debido a uno de los monjes escribas del monasterio de San Millán de la Cogolla, en Logroño [1]. Admirables 43 palabras de tan modesto origen que dieron nacimiento a una lengua como parida por la escritura, a la inversa de lo que ha ocurrido con la mayor parte de las lenguas del mundo. Lengua admirable hablada hoy por 300 millones de seres humanos, luego de ser el vehículos verbal del Descubrimiento. También en 1492, Antonio de Nebrija publica la primera *Gramática Castellana* en honor a Isabel la Católica. El mismo año en que los moros son vencidos en la guerra de la Reconquista que dura casi ocho siglos desde Covadonga a Granada, y a lo largo de los cuales van surgiendo los reinos principales de España como los núcleos activos de esta lucha de liberación.

He aquí algunas de las sorprendentes simetrías que a veces dibuja la historia. Pero, ¿es siempre fortuito el entrelazamiento de los hechos fundacionales? En este mágico tejido en que el azar y la necesidad mezclan o alternan sus agujas es donde podemos contemplar, no tanto, quizá, las inciertas imágenes del pasado, pero sí las del presente e intuir con bastante nitidez las del futuro.

En este marco rico en connotaciones, el quinto centenario del descubrimiento de América adquiere una significación singular: la de ser el recordatorio de un hecho sin parangón en los anales de este milenario. «Al entrar en la última vuelta del camino de este siglo —advierte con lucidez S. M. el Rey Don Juan Carlos I—, en los umbrales de una etapa decisiva para la humanidad, la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento no se presenta sólo como una efemérides solemne y petrificada, en sí importante, en su estricto marco del pasado, sino también como una catapulta en clave de futuro.»

No es sólo, efectivamente, una fecha propicia para las conmemoraciones que exalten el espíritu de unidad en el contexto de las identidades, del entrecruzamiento de lenguas y culturas de nuestros países. Lo es también para la activación de los movimientos de ideas y opiniones que promuevan el todavía difuso proyecto de unificación e integración del desarticulado mundo iberoamericano en una comunidad orgánica de naciones. La celebración del V Centenario va unida así al esclarecimiento —en su doble acepción de clarificación y ennoblecimiento— de este concepto

[1] V. *El castellano en América*, Marcos A. Morínigo, El Correo de la Unesco, París, agosto-septiembre, 1977.

maltrecho y como trascordado de la unidad como comunidad de pueblos de un mismo origen; situación cuya penosa evidencia se manifiesta en el desconocimiento mutuo de las historias de cada parte.

Pero las historias no son sólo el pasado «documentalizado» con mayor o menor erudición por la historiografía. Los hechos históricos no están sólo en los documentos ni reflejan únicamente su veracidad en las interpretaciones tejidas en el marco de la hermenéutica. Los hechos fundacionales viven sobre todo en la memoria colectiva; son claves genéticas de sus identidades reflejadas a través de su comportamiento; identidades que sólo se revelan en lucha contra los infortunios y las vicisitudes en busca de su genuina expresión individual y colectiva. La que a su vez hace surgir, indefectiblemente, en los momentos de crisis o desfallecimiento, a los dirigentes naturales de verdadero peso moral, de voluntad visionaria y al mismo tiempo pragmática, compenetrados, consubstanciados, con la naturaleza de sus colectividades y la fuerza dinámica de su destino histórico.

En esta época, en la que hemos llegado a un punto límite, el discurso histórico no puede ser, no es ya, únicamente, un saber. Es sobre todo una ética del conocimiento histórico. Ella exige, a su vez, un comportamiento justo y solidario a los miembros de una comunidad forjada por la historia que les es también común. Y estas comunidades deben unirse y actuar juntas en lo mejor de sus genuinas potencias o virtualidades para hacer sentir su presencia mediadora y conciliadora en un mundo al parecer condenado por la violencia que genera el enfrentamiento de las potencias hegemónicas por el dominio del mundo. Pero, para ello, los destinos de la comunidad iberoamericana —gran parte de cuyos componentes sufren dependencia— no pueden quedar expuestos a los albures del mero realismo político corto de miras, de imaginación y creatividad; menos aún a las presiones y extorsiones de los *grandes*.

«Estamos en el fin de una civilización y en uno de sus confines» —suele decir Ernesto Sábato con aterradora simplicidad. Y lo que el escritor argentino expresa angustiado con respecto a su país puede aplicarse al conjunto de países iberoamericanos situados todos en uno de estos confines del mundo: en el vasto confín del Tercer Mundo. O en otras palabras, como lo expresó y definió certeramente Arturo Uslar-Pietri: «Esto que algunos llaman la América Latina pertenece a la civilización occidental, pero de una manera peculiar. No es la continuación de la cultura de un país europeo, menos aún la de culturas indígenas o africanas. Es, más que otra cosa, una mutación de occidente, la abierta y viva frontera de occidente con lo que ahora se llama el Tercer Mundo, que puede hablar desde una situación única con ese mundo conflictivo y también con Occidente.»

Por todo ello, la conmemoración del Descubrimiento —el acontecimiento más importante en los fastos de este milenario por sus consecuencias de alcance universal— va unida necesariamente a la toma de conciencia crítica de los hechos que forjaron la unidad del mundo iberoamericano —la península ibérica y Latinoamérica—, en su doble vertiente hispánica y lusitana. El proyecto de integración del disperso mundo iberoamericano sobre los denominadores comunes de identidad y destino —concepto abstractos y discutibles en sí mismos si no funcionan en la práctica— es una empresa cada vez más urgente en la situación de la mencionada

dominación hegemónica bipolar que cubre directa o indirectamente todo el haz del planeta.

Estos denominadores comunes son ricos precisamente por su diversidad multirracial, multicultural, material y social; en algunos casos por su antagonismo, pero siempre por su necesaria, en el sentido de ineluctable, fuerza de convocatoria.

España sabe mucho de esto. Sufrió, impuso, aprendió, a lo largo de su historia, innumerables y decisivas experiencias. No trepidó en llevarlas a sus más extremos límites en su lucha por mantener incólumes su independencia, su soberanía, su cohesión y unidad en la diversidad de sus pueblos y regiones, de sus culturas y lenguas en torno al núcleo aglutinante de la nación estado. Creación política original, la primera en su género, que España, las Españas, ofrecieron a Europa en el lapso que va de Alfonso el Sabio a los Reyes Católicos bajo cuyas coronas culminó la unidad nacional.

A la luz de estos signos precursores, Cristóbal Colón descubre América. La circunstancia de que no lo supiera a su arribo a la pequeña isla de Guanahaní no invalida en modo alguno el hecho de que allí comenzaba el descubrimiento. Y esto sucede en coincidencia con la liberación definitiva de España de la dominación del Islam en la lucha varias veces secular de la Reconquista. Lo que significó para ella no sólo la emancipación de un poder dominador sino también su renacimiento como nación doblemente enriquecida por este triunfo con el aporte de la cultura árabe y, a través de ella, con el legado del mundo helenístico en cuyo ámbito el imperio islámico había instaurado su centro.

En otra escala, en otro sentido y con diferentes mangitudes en la dimensión del tiempo histórico, esto es también lo que iba a acontecer en el mundo recién descubierto a lo largo de un proceso cinco veces secular. De tal suerte que la culminación del acontecimiento inaugural, luego de los cinco capítulos centrales, *Descubrimiento, Conquista, Colonia, Emancipación, Reconciliación,* va a constituir en sus correlaciones necesarias y graduales la superior dimensión de una etapa de síntesis: la *Integración.* Ella se inscribe en la necesidad de vivir la historia hacia el futuro. Lo que significa regir la historia y construir con sus eventos una trama coherente y perfectible, no dejarse arrastrar por ella como por una obnubilación en marcha, según alegorizó alguien; sobre todo cuando el alucinante laberinto de la historia pesa como una amenaza mortal sobre todos y cada uno de los habitantes del planeta.

He aquí el dilema de la integración iberoamericana: anclar en la pesada y negativa inercia de los hechos del pasado. Lo que significa someter el destino de nuestros pueblos al determinismo de esa obnubilación en marcha», y restar, por tanto, su imprescindible concurso al equilibrio del mundo contemporáneo. O como lo observa con la fuerza y la serenidad de su convicción el Rey Don Juan Carlos: dinamizar el destino creador del continente a través de sus hechos trascendentales iniciados por el Descubrimiento como una catapulta en clave de futuro. La consideración de España democrática como compañera de las naciones americanas en un gran proyecto de convivencia, tales son los conceptos fundadores, en las palabras del Rey, de la integración, no como un mero diseño retórico de circunstancias sino como la efectiva posibilidad de su realización. Reconocimiento que trasciende también de las palabras del presidente del Gobierno español: «La visión utópica de quienes acogieron los

sueños de Cristóbal Colón en La Rábida debe presidir, 500 años después, los esfuerzos de transformación de nuestra comunidad en una real alternativa que quiebre la actual bipolaridad del mundo».

Lo utópico y lo posible

La comprensión del pasado desde el presente y su proyección al futuro es así, la única lectura inteligible de la historia para la construcción de un proyecto cultural y político de plurales dimensiones. Esta lectura comporta una toma de conciencia crítica, no únicamente por las minorías culturales, sino también y sobre todo por los millones de seres humanos de todas las capas culturales y condiciones sociales que forman esta vasta porción de la humanidad. Toma de conciencia crítica de que el Descubrimiento y el entero proceso a que dio origen, si bien fue en sus comienzos una empresa española, nos conciernen hoy a todos los iberoamericanos, los de la península y los de ultramar, en una compartida responsabilidad. Esto equivale, más allá de interpretaciones que se oponen y contradicen en polémicas a veces carentes de sentido o en querellas pueriles, a reflexionar profundamente, sin sectarismos de ninguna especie, sobre la filosofía y la práctica de la unidad. Tal corresponsabilidad, en lo que tiene de actitud positiva, comprensiva, compromete, por supuesto, en mayor grado, a los dirigentes políticos, a los intelectuales, a los hacedores de cultura y de opinión de ambos lados del Atlántico; a los historiadores y enseñantes para un replanteamiento del estudio de la historia que les es común en sus dos grandes vertientes. Lo que redundará en su mayor y más profundo conocimiento mutuo, liberado de prejuicios, confusiones y malentendidos históricos y acríticos por ambas partes. Tanto más cuanto que las correlaciones entre las dos porciones del mundo iberoamericano están llenas aún de incertidumbres y contradicciones, de *mala conciencia;* de anacronismos y desajustes entre lo que este mundo es y el que debiera ser; mundo caótico en su singularidad y diversidad.

La incorporación de América al sistema de occidente, la ulterior bifurcación del continente en la América anglosajona protestante y la América ibérica católica, fueron acontecimientos que imprimieron un sesgo muy particular y diferente a cada una de ellas. En lo que concierne al naciente mundo iberoamericano no aconteció esto sin dificultades y vicisitudes enormes. Choque de civilizaciones y culturas, más que el pretendido y eufemístico «encuentro de culturas», o «encuentro de dos mundos». No hubo tal idílica convivencia ni era posible que la hubiese. Lo que hubo fueron luchas terribles en las que las culturas autóctonas acabaron devastadas y sus portadores sometidos o aniquilados, como ocurre siempre en las guerras de conquista, en los largos y desordenados imperios coloniales. También esto hay que asumirlo en todos sus alcances y con toda honradez sin que nadie derrame ceniza sobre su cabeza ni se rasgue las vestiduras.

No hay necesidad de ocultar que el tiempo histórico del llamado mundo iberoamericano quedó cargado de culpa. El humus que lo tapiza es un tejido de susceptibilidades a doble signo. Un terreno fértil para el persistente florecimiento de recelos y reservas mentales. Estos generan constante malentendidos, herencia de las

viejas heridas traumáticas. De este modo, los conflictos perduran cuando ya el paso de los tiempos ha cambiado y nivelado las realides en pugna. No podemos juzgar, al menos no serviría a la causa de nuestro futuro —que es lo que ahora importa—, a las naciones que fueron dominadoras según se aprovechan de la historia o se avergüenzan de ella, ni desagraviar a los pueblos que fueron dominados, puesto que la historia no se ocupa de ellos sino para denostarlos.

Lo que sí se puede y se debe hacer es sacar las lecciones que corresponden a una y otra situación para que no se repitan y para sobrepasarlas. Esos capítulos sombríos no han sido arrancados de la memoria colectiva. Pero hay que leerlos e interpretarlos en el contexto de la historia vivida con el rigor de la conciencia crítica y el fervor de la pasión moral.

No debemos olvidar que tras el mestizaje biológico y cultural —que sucedió a la conquista— fue de entre los criollos, *mancebos de la tierra* y mestizos de donde iban a surgir los rebeldes y emancipadores, es cierto; pero también los más encarnizados capitanejos y tiranuelos. Los *naturales,* sometidos al régimen de las encomiendas, inermes y degradados en su cultura ancestral, en su dignidad humana, quedaron así batidos por tres fuegos simultáneos y convergentes: los encomenderos peninsulares, los inquisitoriales evangelizadores y los propios mestizos. Criollos y mestizos se empeñaron así, en buena parte, en ser los más serviles subalternos del poder colonial.

Por otra parte, si el mestizaje constituyó, en grados variables, un rasgo típico de la colonización peninsular en tierras americanas, no debe atribuirse éste solamente a una mayor apertura de los conquistadores y colonizadores a la mezcla con las mujeres de las razas «primitivas» que habían venido a encontrar. Los saberes, la prodigiosa capacidad de trabajo de estas mujeres las hacían indispensables sobre todo en las áreas pobres en metales donde la economía de subsistencia tuvo que basarse en la agricultura, dominio en el que las mujeres indígenas eran verdaderos expertos. De este modo, en los rudimentarios falansterios coloniales desempeñaron una doble función: la crianza de los hijos, resultado del «abrazo de dos razas» y los trabajos de labranza y recolección. La posesión de cinco de estas mujeres aseguraban al colono un excedente de producción, base de su prosperidad material.

Este régimen de explotación de las mujeres y de los naturales en general no cesó, sino que se agudizó y se tornó incluso más cruel por parte de los mestizos tras la extinción de la colonia. Los verdaderos etnocidios físicos y culturales continuaron y siguen hasta nuestros días. Y es en nombre de los supuestos derechos de vida y cultura de los indígenas que los representantes de las culturas mestizas del continente prosiguen también hasta hoy echando en cara a los europeos la culpa de esta metódica e incesante inmolación.

Es hora ya de que contemos con una interpretación objetiva y al mismo tiempo vivencial de la conquista y de «lo que vino después»; de sus pulsiones y contradicciones más flagrantes. Y «lo que vino después»; de susno hizo sino demostrar que criollos y mestizos habíamos aprendido la lección en lo que ella tenía de perverso, aventajando incluso a los metropolitanos en el ejercicio cruel de la dominación. Habíamos heredado al parecer todos sus defectos, pero ninguna de sus virtudes. De haber vivido hoy, Bartolomé de las Casas habría dedicado también una *Brevísima relación* a la

vocación y ferocidad «encomendera» de los mestizos cuando arriban al poder y sobre las cuales testimonian duramente los regímenes despóticos, las tiranías civiles o militares, contra el ardiente legado bolivariano y martiano.

Todo esto hace que el discurso histórico no sea ya solamente un saber sino también y, sobre todo, una ética del conocimiento histórico. Es esta ética del conocimiento y del comportamiento históricos, transformada en pasión moral y convertida en conciencia crítica, la que no teme orientar y llevar su acción con prudencia, pero con firmeza inquebrantable hacia el cumplimiento de los grandes designios y objetivos que emanan de la propia naturaleza de la comunidad: la realización de un proyecto viable de integración, de un modelo de nuevo tipo de sociedad; o mejor dicho, de una constelación de sociedades que giran, informes todavía, en la órbita de un destino común.

Esta es la pasión moral que llevó al padre Las Casas, a Motolinía, a Bernardino de Sahagún y a tantos otros a oponerse a los excesos, a los horrores, al sentido mismo de la conquista. Esta pasión moral convertida en conciencia crítica es la que enfrentó en un duelo dantesco el pensamiento anticolonialista hispano a la Contrarreforma y a la Inquisición: las dos líneas centrales y opuestas del Absolutismo y la Ilustración que en América contendieron desde la Conquista a la Emancipación y aún después.

Tal comprensión del pasado desde el presente y su proyección al futuro es, pues la única lectura inteligible de la historia para la construcción de un proyecto cultural, político y económico de plurales dimensiones. Lectura que comporta una toma de conciencia crítica no sólo del pasado, sino también del presente y del futuro en su realidad no cumplida. El pasado cambia a cada momento según los enfoques y las interpretaciones de cada época. Pero el futuro hay que hacerlo a imagen y medida de nuestras aspiraciones. Lo que es mucho más difícil y complejo debido a las fuerzas desnaturalizadoras que se oponen a estas aspiraciones y al hecho pragmático de que ellas deben coincidir con la compleja red de leyes del tiempo histórico y sobrepujar la no menos compleja red de los intereses y las relaciones de fuerzas reaccionarias y regresivas tanto internas como internacionales cuyos únicos objetivos son de carácter hegemónico.

Tal situación nos exige que asumamos plenamente, sin agravios ni resentimientos, pero también, desde luego, sin complacencias, el tejido de grandezas y miserias, de atrocidades y sacrificios, de avances y retrocesos que jalonan el destino de América Latina en los cinco siglos de su historia. Cinco siglos que bien puedan sumarse al milenio vivido por España en la reconquista de su liberación, independencia y autonomía, puesto que, en el fondo, la causa y el sentido de estas épicas luchas son análogas para ambas partes.

Leyenda negra y leyenda blanca

No obstan a ello los hechos negativos ya enumerados y que pueden resumirse en poco groseramente en *eso* que se ha dado en llamar Leyenda Negra. Metonimia que evoca las atrocidades de la conquista y la colonización y que debe oponerse, como necesario correlato, a la Leyenda Blanca urdida por la mala conciencia, ya descrita, de

los mestizos opresores. Julián Marías describe este fenómeno de un modo convincente: «La Leyenda Negra consiste en que, partiendo de un punto concreto —supongamos que cierto—, se extiende la condenación y descalificación a *todo el país a lo largo de toda su historia* incluida la futura».

Podría decirse entonces que el propio terrorismo teocrático de la Inquisición y los abusos de los encomenderos con sus peores excesos fueron los que engendraron la Leyenda Negra. No hace falta atribuirla en su iniciación a Bartolomé de las Casas y a su breve libelo sobre la destrucción de las Indias que el misionero dominico hizo llegar a la Corona por encima de las corruptelas de la administración contra las cuales, evidentemente, las Leyes de Indias e incluso el poder arbitral de la Corona nada podían. Lo cierto fue que en coincidencia con el cariz monstruoso que fueron tomando los hechos de la conquista surgió la repulsa de la pasión moral que inflamó la vocación humanitaria de Las Casas y otros misioneros, y en el terreno laico provocó la insurgencia del pensamiento anticolonialista hispano. Pensamiento y actitud que desde entonces iban a estar presentes en todas las crisis hasta entroncar con la España popular y democrática: la de las comunidades de Castilla, los movimientos autonómicos regionales, incluso hasta las Cortes de Cádiz, tras la invasión napoleónica. Momentos, todos ellos, que iban a engendrar, a su vez, en América, los movimientos de rebelión y emancipación, si bien en sus comienzos estos fueron más vale actos de repulsa y aprestos bélicos contra la potencia invasora.

Lo malo de la Leyenda Negra, aparte o más allá de las polémicas internas que desató sobre la legitimidad de la conquista, es que perdura hasta hoy incapsulada en algunas formas del pensamiento reaccionario en su doble forma de antihispanismo y antiamericanismo, como un fenómeno de inversión de su impulso originario. Condenación y descalificación de todo un país a lo largo de su historia, dice Julián Marías, incluso de su *historia futura*. Y éste es, a mi juicio, su efecto más perverso: hipotecar la credibilidad futura de un país, España, y su función rectora en el proceso de cooperación e integración con cargo a un pasado ya abolido.

«Los crímenes existieron, sí, y fueron monstruosos —escribe el cubano Roberto Fernández Retamar—. Pero vistos desde la perspectiva de los siglos transcurridos desde entonces, no más monstruosos que los cometidos por las metrópolis occidentales que sucedieron con entusiasmo a España en esta pavorosa tarea y sembraron la muerte y la desolación en todos los continentes... Las conquistas realizadas por tales países tampoco carecieron de asesinatos ni de destrucciones; de lo que sí carecieron fue de hombres como Las Casas». Y Laurette Séjourné, citada por Retamar, aduce por su parte: «Nos hemos dado cuenta también de que la acusación sistemática a los españoles desempeña un papel pernicioso en este vasto drama, porque sustrae la ocupación de América a la perspectiva universal a la cual pertenece, puesto que la colonización constituye el pecado mortal de toda Europa». Laurette Séjourné que ha excavado como arqueóloga y humanista las capas tectónicas de esa «gran catástrofe de recuerdos» que fue el cataclismo de la conquista, agrega: «Por el contrario, España se singulariza por un rasgo de importancia capital: hasta nuestros días ha sido el único país de cuyo seno se hayan elevado poderosas voces contra la guerra de conquista».

Es desde este ángulo como hemos de enfocar —sin argucias retóricas ni

hermenéuticas— la conmemoración del Quinto Centenario. No es verosímil que ningún espíritu, por más cerriles que sean sus inclinaciones, vaya a celebrar los crímenes y destrucciones cometidos, las muchas sombras y los grandes sufrimientos que la «obnubilación en marcha de la historia» haya abatido sobre la tierra americana. Lo que va a celebrarse es el sentido dinámico del acontecimiento que representa para España y para América un proceso de trascendencia universal. Porque si el descubrimiento se inició en una pequeña isla de las actuales Antillas, lo cierto es que aquel acontecimiento fue ampliándose y enriqueciéndose en una constante metamorfosis cuyo impulso de origen no se ha agotado todavía. Su remate y culminación aguardan aún el cumplimiento del capítulo definitivo: el de la integración de nuestros países en una comunidad orgánica de naciones. En esta época desgarrada por la violencia y el terror, que puede ser la última de la humanidad, la asunción plena de esta compartida responsabilidad se torna doblemente necesaria.

Acaso la dura crisis que padecen actualmente los pueblos de América Latina —la mayor de toda su historia— afecte y retraiga su ánimo para compartir exteriormente, en su plenitud, el júbilo y el entusiasmo de la celebración. Pero al margen de las actitudes reticentes o contradictorias de algunos gobiernos, no es menos evidente la adhesión colectiva de Latinoamérica a la solemne conmemoración del Quinto Centenario en el que la sagacidad natural de los pueblos percibe el símbolo más alto de la unión con España e intuye la fuente de energía histórica y moral que puede lograr, en el tiempo, la construcción de una comunidad federativa. Tiempo llegará en que el aniversario del 12 de octubre cambiará su denominación de *Día de la Raza* —permitido concepto que envuelve además connotaciones equívocas marcadas por nefastas experiencias totalitarias— por la de *Día de la Unidad Iberoamericana,* que expresa mejor, en tiempo presente y viviendo la historia hacia el futuro, la naturaleza y esencia del acontecimiento, a través de la materia simbólica de los nombres.

Sólo en su unidad e integración España e Iberoamérica pueden lograr plenamente la gravitación que les corresponde en el mundo contemporáneo. Ausente España, infortunadamente, en todas las Revoluciones que conformaron este mundo de hoy, pero de todas las cuales la proa de España anticipó los hechos precursores sin beneficiarse de ninguno, puede ella diseñar ahora y llevar a la práctica un proyecto cultural y político verdaderamente revolucionario en el marco de la democracia representativa, federativa y pluralista.

Revolucionario, porque propone un modelo de sociedades completamente inédito; un conjunto de sociedades vinculadas por estructuras culturales, sociopolíticas y económicas de complementación, orientada hacia la formación de un sistema de intercambio autorregulado por ajustes graduales en función del crecimiento y desarrollo de cada una de las partes.

Proyecto revolucionario, asimismo, porque tal sistema descentralizado, interdependiente, pero libre y autónomo, respetuoso de la independencia y soberanía de los Estados que lo integren, abriría una nueva vía entre los dos imperialismos enfrentados por el dominio del mundo. Duelo implacable por una supremacía que ha generado un falso equilibrio: el equilibrio por el terror cuya balanza mide el peso incomensurable equivalente a cien veces la destrucción del planeta por artefactos nucleares hecho

absolutamente absurdo que crece sin cesar con su inevitable secuela de contaminación física y moral del mundo, a expensas de la miseria y el hambre de vastos sectores de la humanidad.

Esta situación ha desbordado ya el control de las propias superpotencias. Ha reducido de golpe a no ser más que anacronismos vacíos de sentido todos los usos y formas jurídicas de convivencia, los sentimientos religiosos y humanistas. Ha puesto en crisis el concepto mismo de cultura y la cosmovisión en la que ella se funda. Ante estos hechos que definen el apogeo de una era inaudita de violencias y que involucran el riesgo del fin de nuestra civilización, la presencia de la comunidad iberoamericana de naciones con su voluntad de paz y de diálogo puede jugar un rol de primera importancia.

No se trata de formar apresuradamente un *Commonwealth* más, ni de proclamar de inmediato una imposible Unión de Estados Iberoamericanos de acuerdo con los modelos tradicionales. Los proyectos visionarios, revolucionarios, deben serlo por su mesurada transparencia pragmática. Sólo de este modo lo utópico se vuelve posible. Se trata de lograr que, con el esfuerzo mancomunado de todos nuestros países, cualesquiera sean sus niveles de desarrollo material y cultural, Iberoamérica suba por derecho propio a ocupar el lugar que le corresponde en el conjunto de naciones unidas y soberanas, neutralizando la disyunción que el orden hegemónico mundial, pactado en Yalta, impone al parecer de un modo ineluctable. Iberoamérica con la España democrática como vanguardia de un gran proyecto de convivencia podrá así —según las propuestas mínimas que se enumeran al final— transformarse en mediadora del diálogo entre las naciones.

Las «utopías concretas»

La toma de conciencia crítica del proyecto de integración no tiende a un planteamiento abstracto o reduccionista de la compleja cuestión. Hay, ya queda dicho, una retórica de este proyecto, como hay otra nostálgica de los mitos y símbolos del fenecido esplendor imperial. Lo que no es en sí un fenómeno anómalo por cuanto ambos repertorios reflejan, cada uno a su modo, la persistencia de la vieja dicotomía. Y esta oposición, aun en su forma retórica, no es desdeñable, puesto que en la economía de los hechos humanos ninguno lo es. Lo normal sería que la oposición dicotómica verbal se transformara en una oposición dialéctica real, y que ella se orientara naturalmente hacia su síntesis.

La revisión crítica no es así un mero revisionismo desde el ángulo de ideologías contrapuestas. Es tratar de «poner las cosas en su punto», según lo advierte atinadamente Julián Marías en su libro *La España inteligible.* Este poner a punto «el análisis de la realidad histórica española, que no puede ser entendida plenamente sino en la superior dimensión de las *Españas* como puente entre dos continentes», es un esquema sugeridor en más de un sentido. Y lo que importa desde el ángulo de lo posible en cuanto al concepto *las Españas* es, justamente, establecer y organizar las correlaciones entre la España democrática y el conjunto de los países latinoamericanos

que tienden a la democratización; entre «la España como proyecto o el proyecto de España» en su unidad con Europa, en su *europeísmo,* pero también en su *iberoamericanismo* esencial. Quiero decir: unidad de España con Europa, de la que forma parte, y unidad de España con Latinoamérica con la que forma un mundo aparte.

Puente entre dos continentes en la superior dimensión de la realización histórica. No es otro en verdad el papel de España en la Península. Puente entre dos mundos que tienden por la lógica y la ética de la historia a ser uno solo. Aun cuando la Península «transeuropea», pegada al continente, formando parte de él, no fue siempre sino la periferia desdeñada de Europa, cuando por el contrario constituye uno de sus núcleos excéntricos más creativos y originales.

Alternativamente rechazada o admitida, invadida o aislada por las convulsiones de las Europas (que también hay varias), España en cambio nunca fue cortada del tronco común. Lo cual es histórica y biológicamente normal. Algo semejante ocurre con Portugal en el contexto iberoamericano. Un intervalo de grados separó, a veces, por las vicisitudes históricas, lo lusitano de lo hispano; intervalo de separación que se refleja incluso hoy en la incomunicación entre Brasil y los países hispanoamericanos. Lo que no impide su unidad potencial sino que la fomenta. Los aportes culturales comunes, las mismas tensiones político-sociales en un ámbito de sobredeterminaciones «geopolíticas», digámoslo así, las fuerzan a la unidad y coparticipación.

En cuanto a España e Hispanoamérica, si algo quiere significar realmente y plenamente, de una manera inteligible, la superior dimensión de *las Españas,* este concepto de carácter histórico-filosófico no puede querer expresar otra cosa que la pluralidad en la unidad virtual de sus componentes. Pluralidad que no niega sino que afirma y enriquece el complejo sentido de lo que entendemos por unidad en todos sus alcances; incluso, de la no menos compleja y problemática realización de la integración.

Por una parte, el mismo ingreso de España y Portugal en la Comunidad Económica Europea es, qué duda cabe, un significativo triunfo político para ambos países. Triunfo político y moral que los pone en pie de igualdad formal y jurídica con las potencias centrales superindustrializadas. El ingreso consolida así, de una manera indirecta, la estabilidad democrática de los dos países. Los impulsará también a la emulación y competitividad en los niveles de la reconversión y producción tecnológica bajo el signo de la revolución informática. Abre, asimismo, a sus economías un campo potencial de expansión bajo las leyes del complicado interjuego económico, político y, desde luego, estratégico, de los países de la CEE, sin que los aportes y obligaciones de ambos países, de seguro incrementados por la tardía admisión, descompensen los beneficios que deben recibir.

Para los países de Latinoamérica el ingreso de España y Portugal en la CEE, que es también una comunidad de Derecho, constituye, como es obvio, una modificación importante en el sistema de correlaciones (económico-financieras, jurídicas, comerciales, etcétera) con la Península; correlaciones que pueden ser ventajosas para todos si España puede cumplir, más allá de las restricciones e incompatibilidades que supone toda comunidad del tipo de la europea, el papel de puente entre dos continentes. Se halla en marcha, por de pronto, el proceso de cooperación y ayuda al desarrollo de América Latina bajo la función rectora de España. Función rectora que, de acuerdo

con las reformas de la política exterior española, ha quedado definida por los ejes europeo e iberoamericano.

Desde este punto de vista, la actitud de España y Portugal con su entrada en la Comunidad Europea no constituye una deserción en la empresa de la integración. Es, por el contrario, una opción normal que fortalece su posición desde el momento en que se insertan en el núcleo económico y político de Europa y refuerzan el contrapeso que éste trata de ejercer en el enfrentamiento bilateral Este-Oeste, como factor de orden y de relativa independencia en el complejo y casi siempre oneroso sistema de alianzas entre los países europeos y el polo occidental.

La situación de que al menos España se mantiene fiel a la unidad del Mundo Iberoamericano y a los designios de la integración se manifiesta en el hecho de que no sólo no ha renunciado sino que, por el contrario, ha ampliado el sistema de cooperación Iberoamérica en el plano del intercambio cultural. Lo mismo puede decirse en la defensa de la soberanía, independencia e integridad territorial de sus países. Sobre todo en las zonas conflictivas y amenazadas del área de Centroamérica y del Caribe con su apoyo al Grupo de Contadora y a otros emprendimientos multilaterales tendientes a preservar la paz y los derechos humanos por medio de negociaciones y acuerdos entre las partes en pugna. Y *the last but not the least,* no es menos valiosa la mediación de España en favor de soluciones más justas entre deudores y acreedores para el problema crucial de la descomunal deuda externa que hipoteca el destino económico y social de la mayoría de los países latinoamericanos, al igual que los del Tercer Mundo, y que amenaza como el mayor riesgo de desestabilización las renacientes democracias del Cono Sur y las de los países más avanzados de toda América Latina.

Es absolutamente cierto —todo hay que decirlo— que el proyecto de integración en su fase operativa tropieza con ingentes escollos. El mayor es, desde luego, el desigual crecimiento y desarrollo, ahora incluso estancados por la implacable tenaza de la deuda, cuyo efecto paralizador se duplica con el cierre de los mercados internacionales a la colocación de su disminuida producción y por el desmantelamiento y la obsolecencia de sus equipos industriales, así como por el proteccionismo implantado por los centros de poder y la caída de los precios que restringen la circulación de sus materias primas en el otro parámetro conflictivo Norte-Sur.

El otro obstáculo de una magnitud todavía más compleja es el que, aparte de este desigual desarrollo de los países latinoamericanos entre sí, en casi completa estagnación bajo las horcas caudinas de la deuda, desigualdad que aumenta entre ellos y España, existen además problemas de naturaleza completamente diferente para España y Portugal derivados de sus compromisos con la Comunidad Europea y su sistema jurídico comunitario, así como los vinculados a la alianza atlántica.

El actual presidente Alfonsín, en su ponencia presentada en el *Encuentro en la Democracia* (Madrid, 1983), expresaba: «Un primer hecho que debemos considerar es que nuestros países [los latinoamericanos] exhiben profundas diferencias entre los que van consolidando, en medio de enormes dificultades, sus formas de organización y gobierno en la democracia y aquellos que aún no han superado los condicionamientos autocráticos y oligárquicos que a su vez conspiran contra procesos de independencia

económica y afianzan el subdesarrollo, el atraso o el estancamiento... No constituimos una unidad política con todos los caracteres comunes necesarios para garantizar proyectos de cooperación exitosos, sino que además no hemos superado conflictos entre nuestros países que una y otr vez nos colocan al borde de enfrentamientos y alientan carreras armamentistas en sociedades que en muchos casos, por lo menos en para algunos sectores, no han alcanzado niveles dignos de subsistencia».

He aquí definido con franqueza y sin atenuantes otro de los aspectos problemáticos del dilema de la integración, en el plano político; sobre todo cuando Alfonsín agrega: «En un continente donde lo raro es la democracia y la independencia económica, la cooperación técnica puede terminar siendo, de hecho, la cooperación entre las filiales de las empresas transnacionales, que, claro está, se guían por los centros de decisión externos. Y en el plano político, lo que es más grave aún, las coordinaciones efectivas entre gobiernos antipopulares y antidemocráticos, se hacen para consolidar los férreos esquemas de dominación de las oligarquías locales y para servir los intereses imperiales que se expresan bajo el manto de la llamada teoría de la seguridad nacional.»

Sin embargo, pese a todas las trabas y dificultades del presente, el proyecto de esta comunidad de nuevo tipo puede cumplirse por etapas graduales, en un margen de maniobra aparentemente estrecho, debido a las grandes coacciones del antagonismo hegemónico, pero cuya amplitud y flexibilidad están dadas por la fuerza y coherencia de un destino común. Esta comunidad de intereses y de destino plantea, en primer lugar, la necesidad de una alianza iberoamericana de carácter cultural, económico y político. El carácter militar de la alianza quedaría deliberada y específicamente excluido en favor de la tradición neutralista y antiguerrerista que es la esencia de la democracia, que da su fuerza cohesiva a la libre unión y alianza de los pueblos de habla española. Esta forma de alianza tendría la enorme ventaja —según los observó Mario Bunge en su ponencia presentada al mencionado coloquio— de ser el primer sistema de naciones que no estaría dominado por una gran potencia ni se propondría someter a pueblo alguno. «No hay peligro —reflexiona Bunge— de que se convierta en un bloque agresivo porque ninguno de sus componentes tiene poder suficiente para sojuzgar a los demás, y porque cada uno de ellos tiene experiencia de dominación extranjera y desea conservar su autonomía dentro de la interdependencia.»

De este modo también los compromisos derivados de alianzas de tipo militar dentro del bloque occidental estarían contrarrestados por el pacto neutralista de las naciones componentes de la alianza iberoamericana determinada por la naturaleza misma de la comunidad. Lo que supone, por otra parte, que la alianza ibeoramericana —como también lo advierte Bunge— «no debiera tomar posición en el conflicto Occidente-Oriente, aun cuando sus miembros queden en libertad de obrar como les parezca, en tanto que sus actos no perjudiquen a las naciones hermanas». Y en el caso particular de España y Portugal, en tanto miembros de la Comunidad Europea y de la alianza occidental, retienen la facultad de sus gobiernos democráticos pluralistas para negociar libremente, en nombre propio o de los miembros de la comunidad iberoamericana, con uno u otro bloque, intercambio de asistencia económica y

cultural, o ejercer función mediadora y conciliadora en los problemas atingentes a la paz en el mundo.

En el plano económico, a pesar del cuadro poco alentador del segmento latinoamericano ya descrito, y en función de la dinamización por etapas graduales del parámetro Norte-Sur cuyo resurgimiento es indispensable al equilibrio del mundo, si éste ha de salvarse de la hecatombe termonuclear, se deben tener en cuenta las inmensas e incalculables posibilidades de América Latina. Varios de sus principales países han alcanzado niveles muy altos de desarrollo real, más allá de las cuantificaciones de la falsa euforia «desarrollista» de hace dos o tres décadas. Tales posibilidades reales de crecimiento podrían desarrollarse en plazos relativamente cortos si no estuvieran bloqueadas por los mecanismos de la dependencia cuyo resorte más evidente se revela ahora en el ilevantable peso de la deuda externa. Dichas posibilidades del continente iberoamericano son objetiva y potencialmente mayores que todas las reservas de la Europa de la Comunidad Económica. Ellas podrían exceder las más optimistas previsiones si pudieran organizarse y expandirse racionalmente por la vía de la revolución tecnológica, en una indispensable atmósfera de paz que sólo la progresiva expansión e implantación de la democracia pluralista puede hacer prosperar. Esto presupone la elaboración creativa de sistemas de intercambio orientados, como ya se ha dicho, hacia estructuras autorregulables de complementación. Las que implican a su vez la puesta en práctica de nuevas concepciones económicas y jurídicas en función de realidades y relaciones en permanente mutación.

«Nuestros países deberían luchar —expresó Felipe Herrera en el *Encuentro en la Democracia*— para un entendimiento entre el denominado mundo capitalista y el mundo socialista, por una parte; y luego, entre los países desarrollados y aquellos en vías de desarrollo. Es un hecho que aunque estas dicotomías no están claramente definidas en la realidad pragmática y la convivencia permanente, son sin embargo factores que están influyendo vitalmente en nuestro presente y nuestro futuro. En el contexto de lo señalado deben analizarse las fórmulas y mecanismos más adecuados para una profundización del reencuentro de España y Portugal con los países del hemisferio occidental, para lo cual deben seguir acentuando su acercamiento a los actuales mecanismos integracionistas latinoamericanos y caribeños. Creo que así —concluye Herrera— se dan las condiciones para proyectar las posibilidades de institucionalizar una «Nueva Comunidad», de todos los países en desarrollo del hemisferio occidental. Se podría perfectamente crear una nueva asociación de estados con innegables comunes perspectivas políticas, económicas y culturales.»

Entre las condicionantes fundamentales que se plantean en forma análoga para América Latina y el Caribe, para España y Portugal, la realización de un tal proyecto plantea en primer lugar —según lo define Herrera claramente— la necesidad de un nuevo orden que abarque las relaciones este-oeste y norte-sur. Con toda evidencia: la instauración de un nuevo orden concebido a imagen de la asociación de estados iberoamericanos como factor de beneficio recíproco y de distensión en el prevalenciente enfrentamiento este-oeste y en la superación del desequilibrio entre los países del norte y del sur. Un nuevo orden y una nueva asociación de estados que continúe,

amplíe y perfeccione la Comunidad Económica Europea surgida del Tratado de Roma y que tenga su necesaria réplica y sus aliados en la Comunidad y el Parlamento iberoamericanos.

Cuando se habla de «países en desarrollo», como lo hace Felipe Herrera, en relación de la institucionalización de una comunidad iberoamericana, no se debe entender esto como un principio de discriminación a favor de los países más desarrollados y de exclusión de los que no han sobrepasado aún el estadio de subdesarrollo o atraso; discriminación que podría parecer injusta y falaz en el origen mismo de una asociación de estados que se quiere abierta y democrática. La calificación inicial no afecta ni contradice la naturaleza y el sentido de la integración. Reconoce simplemente las condiciones básicas que la harían posible y de las que se debe partir. Hay que tener en cuenta que en algunos países del cono sur, como Chile y Paraguay, imperan todavía regímenes totalitarios unipersonales, surgidos al amparo de la nefasta doctrina de la seguridad nacional y con la ayuda económica y militar del poder imperial. En Paraguay, incluso, el Gobierno dictatorial de Stroessner, a lo largo de más de treinta años de omnímodo autoritarismo basado en la corrupción y el miedo, ha logrado disfrazarse de «democracia representativa» autodotándose de una contitución, de un parlamento y de un remedo de poder judicial cuyas funciones, bajo su aparente liberalidad, no hacen más que reforzar y concentrar, sin control y sin apelación posibles, la autoridad suprema del jefe del ejecutivo. Tras la difícil y amenazada restauración de la democracia pluralista en Argentina, Brasil y Uruguay, en el cerrado y casi olvidado bastión totalitario del Paraguay, el miedo está instalado como la conciencia pública de su colectividad.

Con relación a la comunidad iberoamericana, concebida como una asociación y organización de estados también es posible —según comenta Mario Bunge— que en un comienzo varios gobiernos no acepten la invitación a construir la comunidad; o que se produzcan cambios políticos que truequen la aceptación en rechazo o viceversa. Luego, en la fase operativa de la construcción, es obvio que solamente los países en vías de desarrollo más avanzados podrían cooperar económica y financieramente, en un pie de igualdad con España y Portugal, a la implantación de las bases materiales de la organización, a la puesta en marcha de los mecanismos de intercambio complementarios que la experiencia de los pactos regionales y de los acuerdos bilaterales o multilaterales contribuirán a diseñar y orientar. Todo ello, naturalmente, a condición de que esta organización —cualesquiera sean los métodos, los caminos y las formas que se adopten— considere el conjunto de países de Latinoamérica y del Caribe, formen o no parte inicialmente de la comunidad, como ocurrió con la europea. Tal proyecto realista y al mismo tiempo visionario —como lo fue el del Descubrimiento— sólo puede objetivarse a condición de que contenga el germen del desarrollo global, en su plenitud, de una asociación de naciones libres e independientes a imagen del viejo sueño de los libertadores con el que se identifican ahora los anhelos de la España democrática en el emprendimiento común de la integración. Entre lo utópico y la posible, éste es un reto de la historia. O lo que es lo mismo, un desafío del porvenir.

Encuentro en la democracia

La plural amalgama de razas, de culturas, de motivaciones e intereses, la necesidad de relaciones más estrechas y orgánicas, de un conocimiento mutuo más amplio y profundo entre nuestros países, constituyen hoy la nebulosa de un mundo en gestación que busca plasmarse en medio de enormes dificultades. En este contexto es donde se establecen las coordenadas de un nuevo modelo de sociedad comunitaria sobre la base de nuestras identidades y afinidades, en una conjunción que no anule sino que vitalice y dinamice en la interdependencia la soberanía de cada pueblo y nación.

La fuerza creativa de una *utopía concreta* semejante imparte, pues, a la celebración del V Centenario un sentido nuesvo, una especial significación, y lo convierte en hito inaugural de la etapa faltante. «Esto es lo que precisamente pretende ser el V Centenario —expresa Luis Yáñez-Barnuevo, ministro secretario de Estado de Cooperación Internacional e Iberoamericana y presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana y de la Comisión Nacional para el V Centenario—: un nuevo descubrimiento de la Comunidad Iberoamericana.» Yáñez proclama con la persuasión que dimana de los hechos: «Iberoamérica está llamada a ser uno de los grandes centros de poder del futuro, si logra aunar sus esfuerzos en una empresa comunitaria de proyecciones históricas. Sus dificultades actuales nacen de una deficiente organización política y de su dependencia económica y tecnológica. Crear un sistema democrático adecuado y romper la dependencia existente para convertirla en una interdependencia sólo será posible a través de una estrecha cooperación de carácter horizontal entre estas naciones, cooperación que permitirá el progreso y el bienestar social dentro de la comunidad de naciones».

Pero esta comunidad o federación de naciones de origen, lengua y cultura comunes, no dejará de oscilar entre lo utópico y lo posible si no se enfrentan las causas mayores que generan el estado de atraso y dependencia en las naciones latinoamericanas debido a la intervención del poder imperial. Intervención que está a punto de desatar otro Vietnam en Nicaragua, según las declaraciones oficiales del más alto nivel, y que serían el remate violento y unilateral de un sinuoso proceso basado en mistificaciones y falacias frente a los ingentes empeños pacificadores del grupo de Contadora y el apoyo de los principales países democráticos del mundo occidentales a dichas negociaciones de paz. El estallido de un segundo Vietnam en el área de Centroamérica y del Caribe no quedará localizado en ella solamente. Ha implicado potencialmente, desde el principio, una grave amenaza para la paz del mundo y constituiría una incalificable agresión para América Latina por parte de una superpotencia, cuyas instituciones son democráticas y pluralistas.

●